

Volumen XVII.—Abril 1.º de 1922.—Número 163.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRESA DE SAN BERNARDO
MCMXXII

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Abril 1.º de 1922

EL CARÁCTER

(Del libro en prensa *El alma nacional*)

Quien quiera dar una definición estricta y propia del *carácter* de seguro que tropezará con muy grandes dificultades. El concepto de *carácter* es de aquellos que sufren en el espíritu transformaciones continuas y que están constituídos por una infinidad de matices psicológicos sumamente sutiles. Es un hecho bien extraño que las ideas que más a menudo informan nuestro lenguaje son precisamente las más difíciles de conocer y definir. Tal acontece con las ideas de espacio y de tiempo, y otro tanto sucede con la de carácter. El lenguaje para la generalidad de los hombres está formado por una serie de símbolos que a nada preciso corresponden en la inteligencia, y muy raros son los escritores que se dan cuenta exacta del valor de los vocablos.

Qué quiere decir Boileau cuando dice: conservad a cada uno su propio carácter? Los buenos caracteres, observa Voltaire, son como las buenas obras: cuando menos se aprecian al principio, más gustan a la larga. Afirma también que se puede juzgar del carácter de un hombre por sus obras, y que no es nuestra condición

CONTENIDO

- El carácter..... LUIS MARIA MORA.
A un sabio sacerdote..... JUAN B. DELGADO.
A los oficiales.
Abrazo de banderas..... FR. P. FABO.
Academia Mexicana—Se-
sión solemne en honor
de don Antonio Gómez
Restrepo.
Programa para la ense-
ñanza del latín..... J. M. RESTREPO-MILLAN.

sino nuestro carácter lo que nos hace felices. Napoleón no dudaba de que el verdadero carácter se manifiesta siempre en las grandes circunstancias, y Chateaubriand decía que las pasiones determinan las más bellas instituciones y los más bellos caracteres (1).

«La diversidad de acepciones de la palabra *carácter*, observa un docto expositor de esta materia, basta, por sí sola, para demostrar la imprecisión y complejidad de las ideas acerca de esta cuestión. En efecto, es distinto decir de un hombre que *es un carácter*, o que *tiene carácter*, o en fin, que *tiene tal o cual carácter*. Ser un carácter es poseer, especialmente en el orden moral, un poder, una firmeza, una rectitud que os hacen superior al resto de los hombres; es dar pruebas de una solidez en los principios, de una independencia en la conducta, de una elevación y nobleza de sentimientos, de una constancia en la virtud que os colocan por encima de todos. La expresión *tener carácter* designa sólo una parte de las cualidades precedentes; indica más bien la fuerza y la perseverancia, de la voluntad en oposición al talento, a los dones de la inteligencia. Poder decir de un hombre, en absoluto, que tiene carácter, observa Kant, no sólo supone haber dicho mucho de él, sino haber hecho su elogio, porque es haber afirmado una particularidad rara y haberle granjeado el respeto y la admiración» (2).

Como se puede ver en cualquier diccionario, son innumerables los sentidos de la palabra carácter. Busquemos, pues, en su significado etimológico, algo de su recóndita comprensión, que ella nos alumbrará la ruta que hemos emprendido. La palabra *carácter* viene del verbo *χαράσσειν* marcar, imprimir, gravar, como la mo-

(1) *Diccionario enciclopédico* de Larousse.

(2) P. Malapert.--*El carácter*.

neda, y de aquí el sustantivo *χαρακτήρ* gravado, lineamiento, razgo, con que ha pasado a todas las lenguas modernas.

«Creo, dice el profesor C. O. Bunge, que el primer autor que popularizó una acepción metafórica del término *χαρακτήρ* carácter, grabado, estampa, fue Teofastro, filósofo griego, discípulo y sucesor de Aristóteles, en un bello libro titulado *caracteres morales*. La metáfora se empleó en el sentido de *estampas de los defectos morales que diversifican a los griegos*. Dalo a entender así el propio autor en el proemio, no sin admirarse de que «hallándose Grecia situada bajo un mismo cielo o clima, criándose todos los griegos bajo una misma educación, resulta que sean diversas sus costumbres y especialmente sus defectos.

«Ahora bien: bajo el epígrafe común de caracteres morales, continúa, Teofastro presenta una serie de descripciones o estampas literarias, admirablemente grabadas, de defectos o vicios como la falsedad, la adulación, la locuacidad, la rusticidad, la indolencia, la charlatanería, la vanidad, la jactancia, la maledicencia, etc. Y la expresión *caracteres* con que Teofastro los presenta, como quien dijera gravados, bajo-relieves, bocetos, esbosos, camafeos, medallones, parece que pasa al lenguaje común con ese significado moral de *razgos morales*. Así en el castellano antiguo muchas veces se decía *estampa* por *carácter*.

«La Bruyère tradujo a Teofastro en el siglo XVIII, y escribió él mismo un tratado que llama *caracteres y costumbres de mi siglo*, en el cual presenta, a su vez, una serie de defectos típicos de hombres y cosas modernas. Ya el origen griego y aun la acepción latina de la palabra carácter los tenía muy olvidados el pueblo francés, quien acabó por darle a la palabra carácter una significación, no ya metafórica sino directa, muy seme-

jante a la de Teofastro y La Bruyère, siempre tendiendo a los defectos morales que diferencian a los hombres.

«A los anglosajones, insignes moralistas prácticos, tocóles idealizar la palabra carácter. Sir Thomas Overbury escribió de 1614 un tratado sobre los caracteres en el que da a esta dicción un significado que yo traduciría más o menos por la siguiente perifrasis: *virtud que se manifiesta por un esfuerzo activo de la voluntad*» (1).

A veces con la palabra carácter se quiere significar la índole del individuo, que es un conjunto de rasgos naturales, los cuales, cuando son bellos y buenos, forman el encanto de una persona; con el vocablo carácter se suele dar a entender también el puntilloso tesón con que algunos se dedican a la consecución de algún objetivo bueno o malo; le damos asimismo aquella cualidad al valor y ánimo arrojado de algunos grandes personajes históricos, y en uno u otro sentido en todos los casos por la palabra carácter se significa el esfuerzo continuo en alguna dirección.

El arte se sirve de la palabra *carácter* para designar con él algunas antiguas comedias españolas, y en la escena se denomina *características* a las comediantas que hacen papeles poco serios.

En el lenguaje común y corriente se llama hombre de carácter al que sigue una misma dirección en todos sus actos, y de aquí resultan algunas definiciones más o menos justas relativas al carácter en general. El profesor Bunge citado, antes de intentar una definición de esta compleja cualidad, sienta éste que él llama postulado: *el dinamismo de la volición depende de la idiosincracia del sujeto*. No me parece que esta afirmación tenga la evidencia de un postulado ni con mucho; pero más adelante aclara su pensamiento un poco más: llá-

(1) C. O. Bunge. *La educación*.

mase carácter, dice, desde un punto de vista psicológico, al conjunto de tendencias o modalidades que determinan la manera de ser del individuo en sus manifestaciones.

Herbart, que fue nada menos que sucesor de Kant en la cátedra de Heidelberg, y a quien ha comentado con mucha lucidez el R. P. jesuita Ruiz Amado, hizo un minucioso estudio del carácter y siguiéndolo a él su docto comentador define el carácter diciendo que es *la actividad total del hombre nacida de un principio intrínseco constante*.

El carácter, con todo, en su más noble acepción, podemos decir que es el esfuerzo tenaz y constante de la voluntad hacia un ~~acto~~ ideal de perfección moral, quebrantando todos los obstáculos que a ello se opongan.

Pero no es menos interesante el problema de saber si el carácter es modificable o no. Disputáanse el campo los que creen que el carácter es *innato* y los que juzgan que el carácter es *adquirido*. Para unos el carácter es esencial y fundamentalmente invariable. Shopenhauer repetía que todo sér obra según su inmutable naturaleza. En este caso somos víctimas de nuestra constitución psicológica, producto fatal de nuestra estructura biológica. El refrán viene en apoyo de esta tesis: genio y figura hasta la sepultura. En vano trataremos de vencer los enemigos de la virtud, que viven en el fondo de nuestra naturaleza. Somos los vencidos desde la cuna, y nada habrá que tuerza el torrente de nuestras voliciones. Con esta dolorosa teoría desaparece la libertad, y la educación carece de fin y fundamento.

Otros con más razón afirman que en el carácter hay algo que permanece inmutable y algo que está sujeto a mudanzas. Nosotros somos los obreros de nuestra propia existencia, y no hay día que pase sin dejar una huella profunda en el alma. Cada amor, cada pasión,

modifica un relieve de nuestro carácter y no hay dolor ni infortunio alguno que no haya trazado en nuestro corazón una nueva ruta a nuestra vida, y haya enderezado por otra senda nuestros pasos.

«¿Qué efectos, dice Malapert, no podrán producir una decepción, un desencanto, una grande alegría o un cruel dolor, el nacimiento o la muerte de un ser querido! Sucede con frecuencia en estos choques, que no hacen más que hacer resurgir energías latentes, o despertar tendencias adormidas que apenas sospechábamos. Pero tales revelaciones no se producen sin perturbar las almas. Lo mismo sucede en las crisis intelectuales que se operan, unas lentamente, y suponen, por lo menos, una larga preparación que se extiende a un período quizás grande de la existencia, y otras más súbitas y fortuitas, resultantes de la introducción en el espíritu de una concepción, de una doctrina, de un sistema científico, filosófico, moral, político, hasta entonces ignorado; el escepticismo amargo e inquieto, el acceso de entusiasta fe o el desencanto y desesperación que pueden ocasionar, no transformarán únicamente nuestras creencias, sino hasta nuestros sentimientos y deseos: nuestro carácter por completo» (1).

Pero si, como dicen algunos psicólogos, las enfermedades y los sufrimientos, el clima, la temperatura, la tierra, la vivienda, la fauna y la flora, modifican el carácter, no es menos cierto que la gracia sobrenatural suele producir súbitos y sorprendentes resultados en las almas, y que son muchos a quienes una voz oculta ha detenido como a Saulo en el camino de Damasco.

El pensamiento dominante en la pedagogía moderna es el predominio de la educación sobre la instrucción. No se trata de dar determinado género de conocimien-

(1) P. Malapert.--*El carácter.*

tos, sino de buscar orientaciones éticas definitivas. El gran problema pedagógico moderno se refiere hoy al enlace de la mayor capacidad intelectual con la más firme educación del carácter. La grandeza de la república está en razón directa del mayor o menor número de enérgicos caracteres con que pueda enorgullecerse. Alemania, Francia, Inglaterra, toda la vieja Europa demostró ante el resto del mundo que no en valde había dedicado sus esfuerzos al engrandecimiento de la idea de patria en el alma de guerreros indomables. A la vieja España tenemos que hacerle justicia, porque la educación que les dio a sus súbditos en la colonia fue digna de los más hermosos tiempos, y sea que la presión en que vivieron los españoles americanos, privados de los derechos de la ciudadanía, retemplara su carácter para los grandes y costosos sacrificios de la guerra magna, o sea que en los peligros cobraran inusitada energía, ello es la verdad que sin los caracteres íntegros de los próceres de toda la América latina, habría sido imposible llevar a cabo una empresa tan ardua y prolongada.

En la formación del carácter es preciso elevarnos al concepto de la raza, de la sociedad y del individuo. La barrera de la raza es la más infranqueable de todas, y su modificación sería una labor de siglos; pero dentro de la idea específica de la raza quizás quepan algunas atenuaciones en los individuos. Los pueblos iberoamericanos, aunque herederos de muchas de las cualidades de la raza latina, también tienen todos los defectos de ella, agravados con los defectos propios de la raza española, y reaggravados con la mezcla de sangre indígena. En donde predomina esta última, la civilización moderna encuentra una durísima fortaleza, y hay que avanzar a pasos muy lentos, tropezando a cada instante con insuperables dificultades. Los pueblos en que el componente indígena entra en pequeña proporción, como el de An-

tioquia, el progreso es visible y la cultura se va imponiendo de una manera estable. Boyacá y Cundinamarca, entre los pueblos del centro, están muy atrasados con respecto a sus hermanos del noroeste, y viven dominados por oscuras supersticiones. Y no se diga que el pueblo de Boyacá, el más estacionario de toda la República, se lo debe al imperio del clero y del partido conservador, porque Antioquia, donde la instrucción popular está muy difundida, es el baluarte del más puro catolicismo y a la vez la torre de marfil de la familia conservadora. El grande empeño de todos los hombres de estado colombianos debe ser el de civilizar, cueste lo que costare, a los más fuertes agregados indígenas de nuestro territorio, no sólo en el mero sentido de hacerlos cristianos sinceros, pero sin educación civil ninguna, como acontece, sino también en el de acabar con sus hábitos retardatarios, indolentes y perezosos.

Si cada pueblo tiene un carácter que lo distingue de todos los demás, cada sociedad tiene también el suyo, el cual influye de un modo irresistible en las manifestaciones individuales. El medio en que el hombre se desarrolla modela su carácter, determina sus hábitos mentales, temple su voluntad en encendido yunque o afloja sus más necesarios resortes. La sociedad echa sobre nosotros una red tan estrecha y sutil de prejuicios y preocupaciones que en vano lucharemos por libertarnos de su malla inextricable. «Lo que, después de lejanos viajes por diversos países, ha quedado más fijo en mi espíritu, dice Le Bon, es que cada pueblo posee una constitución mental tan fija como sus caracteres anatómicos, y de la cual derivan sus sentimientos, sus juicios, sus caracteres y sus artes» (1). Tenemos que ser, queramos que no, elementos inconscientes y casi

(1) Cit. por Malapert.--*El carácter.*

siempre anónimos en la máquina de un pueblo y en la obra de un siglo. Poned frente a frente a un santafereño de la colonia y a un elegante bogotano de nuestros días, y tened seguro que ni por el traje ni por el espíritu parecerán hijos de una misma patria, amamantado aquél en la sustanciosa lectura de los místicos españoles y nutrido éste con el amargo pezón del escepticismo moderno.

La base de la educación actual, como ya lo dijimos, consiste en la formación del *carácter*, o en la *ciencia del carácter*, como quiere Stuart Mill, considerándolo en relación con el individuo y en relación con su pueblo. «También los pueblos varían de carácter, como los hombres, dice el profesor Bunge, a través de las edades y de las circunstancias, pero el fondo queda siempre el mismo: los galos de Tito Livio son los francos de Tain. ¡Y hay que cultivar ese fondo! Ningún pueblo será grande, dice Stael, si no cultiva su propio carácter (1).»

X Cuando decimos estudiar el carácter debe entenderse por esto que se trata de vigorizar la voluntad para el bien, comunicándole el frío temple del acero. Los medios que para este noble y grande objetivo deben emplearse varían según las ideas sociológicas de los filósofos; pero no hay duda de que en el culto de la religión, la patria, el arte y la ciencia, y en el amor sagrado y sincero a la verdad, a la virtud, al deber y al honor están las piedras miliarias del perfeccionamiento del carácter.

Algunos filósofos modernos, como Spencer, prescinden por completo del elemento religioso en la formación del carácter, y apenas le conceden un lugar muy pequeño al cultivo de la estética, de las artes y las

(1) *La educación.*

letras. El hombre no puede alcanzar el armónico desarrollo de sus facultades, si no le rinde el merecido tributo al bien, a la verdad y a la belleza, a los cuales corresponde la moral, la ciencia y el arte.

Decir en pocas palabras cuántos son los beneficios que ha hecho la educación cristiana por el ennoblecimiento, el brío y el invencible esfuerzo de innumerables caracteres, siempre en tensión para el bien, como un vibrátil y acerado resorte, a más de trivialísimo lugar común, sería cosa muy difícil para el más avezado escritor. Pero basta pensar en esa pura y luciente legión de vírgenes, en quienes la debilidad se tornó en escudo de fortaleza, para comprender lo que puede la religión como poderosísima aliada de las más nobles almas. Renán tiene, a propósito de los mártires de Lion, una página sublime sobre el martirio de Santa Blandina, una infeliz esclava que en valor y constancia para sufrir superó a todo lo que en imperturbable energía puede ser capaz de producir la naturaleza humana. «El martirio aparecía cada vez más como una especie de gimnasio o escuela de gladiadores, dice aquel escritor, para la cual era necesaria una larga preparación y una especie de estudio preliminar.» Y era verdad que en el silencio de las catacumbas los cristianos retemplaban su fe en la oración y la penitencias para la hora en que estos mansos y humildes prisioneros de Cristo debían alcanzar la gloria del martirio.

«Blandina era pequeña, añade Renán, y tan débil de cuerpo que los fieles temían que no pudiese resistir los suplicios. Su señora, particularmente, que era del número de los detenidos, temblaba pensando en que este sér débil y tímido no fuese capaz de afirmar altamente su fe. Blandina estuvo prodigiosa con su energía Y su valor; fatigó a las ligadas de verdugos que se sucedieron con ella desde la mañana hasta la noche.

Los sentenciadores, vencidos, decidieron suspender para ella los tormentos, declarando que no comprendían cómo respiraba aún aquella mujer con el cuerpo dislocado, traspasado.

Se imaginaban que uno solo de los suplicios aplicados debía ser suficiente para hacerla morir. La bienaventurada, como un generoso atleta, tomaba nuevas fuerzas en el acto de confesar a Cristo. Era para ella un fortificante y un anestésico decir: *Yv soy cristiana, no hacemos mal a nadie*. Apenas terminaba de pronunciar estas palabras, parecía encontrar de nuevo todo su vigor para presentarse tranquilamente ante los nuevos combates.

«Blandina fue la última que espiró entre los santos mártires de Lion, después de sufrir en varios días uno a uno toda una larga serie de increíbles suplicios, y al salir del anfiteatro la ebria multitud se decía presa de insólito asombro: Jmás se ha visto en nuestro país una mujer que sufra tanto.. (1).

¿Y no se está contemplando ahora mismo ese valeroso y denodado ejército de mujeres que con un Cristo por solo arma y escudo recorren los hospitales, Y sin temor a las más repugnantes enfermedades protegen y ayudan a los niños, son el sostén de los ancianos Y los locos, y han paseado los humildes pendones de la caridad, sin temor a la muerte, por entre el plañidero murmullo de los heridos, que como apretada mies va cayendo en los campos de batalla?

Claro está que los motivos religiosos son los que les dan más firme contorno y relieve a los más enérgicos caracteres. Fuera de la noble y larga corte de reyes y emperadores que han honrado el mundo con sus austeras virtudes; fuera de los generosos e invic-

(1) Marco Aurelio.



tos guerreros que en todo tiempo dieron lustre al heroísmo y a la magnanimidad; a más de los sabios y descubridores que con tesón admirable trabajaron por el bien y el engrandecimiento del hombre, ahí está el catolicismo ostentando una falange de santos, que son lo más elevado a que puede llegar la glorificación del carácter. Por lo pronto aparece en la era moderna ese rudo capitán Ignacio de Loyola, que con una energía indomable, sin valedores ni fortuna, dió fin y remate a la organización más poderosa de la Iglesia romana: la Compañía de Jesús. En donde quiera que se pretenda hacer el elogio de un gran carácter, cítese el de don Inigo, el cual pudo detener el avance de la Reforma con el férreo y andante muro de su Compañía, la cual se mueve en todos los puntos del globo con ordenado ritmo al influjo de una sola voluntad y un solo entendimiento.

«Las emociones religiosas en épocas o lugares en que domina la fe, dice Jules Payot, nada sospechoso, forman un conjunto de extraordinaria energía, porque están compuestas de sentimientos elementales ya muy potentes por sí mismos y agrupados en apretado haz. El miedo a la opinión pública, el respeto a la autoridad de personas revestidas de carácter sagrado, los recuerdos acumulados de la educación, el temor de eternos castigos, la esperanza del cielo, el terror de un Dios justiciero, presente en todas partes, que todo lo ve y todo lo oye y penetra hasta los más recónditos pensamientos, todo esto concluye por fundirse, constituyendo un estado afectivo extremadamente complejo, aunque parezca simple a la conciencia. A la abrasadora llama de este sentimiento tan vigoroso, se efectúan soldaduras definitivas entre ideas y actos; y así es como en las naturalezas religiosas superiores no es capaz una injuria de provocar la cólera, a causa de lo pron-

ta y sincera que surge la resignación, ni la castidad ocasiona luchas, por lo aniquiladas, mortecinas y depuradas que se hallan en ellas las excitaciones sensuales que inflaman los cerebros de los seres mortales inferiores. ¡Hermoso ejemplo éste del triunfo obtenido contra instintos muy poderosos por el solo antagonismo de sentimientos elevados!

El amor de la patria es otro de los más brillantes ideales en la formación del carácter. Ya vimos atrás que este sentimiento, derivado de la esencia misma de la religión, constituía el fundamento principal de las religiones antiguas. El *civis romanus sum* era un tan grande timbre de soberbia y altivez que pudiera eclipsar él sólo el lustre de los más preclaros príncipes del universo. Los orgullosos patricios romanos no hubieran cambiado aquel título por todo el oro y la riqueza del Egipto, el Asia y el Ponto. Este sentimiento es el alto y fecundo que coronó de gloria la frente de los franceses, porque es bien sabido que esta esclarecida y poderosa nación está lejos de tener ahora la prisca fe de sus cristianos reyes y capitanes.

La lectura de las *Vidas paralelas de Plutarco* es ^{el libro} que sin duda más beneficios ha hecho en la educación patriótica de muchas generaciones. Y este libro fue el precioso caudal a donde acudieron muchos de nuestros próceres en busca de inspiraciones para su heroísmo, y ellos a su vez, imitando las cosas grandes, nos dejaron como hermosos dechados las magnas virtudes en que florecieron batallando sin tregua por la Patria. Muy dignas de admiración son las excelsas figuras del Cid, Gonzálo y don Pelayo; pero nosotros necesitamos de ejemplos propios para engrandecernos engrandeciendo a nuestros progenitores; y de hecho en la historia colombiana hay tal cúmulo de hechos por-

tentosos y memorables sucesos que nada tenemos que envidiar a los más famosos anales de las naciones.

¿Y en dónde podremos hallar refugio contra nuestro egoísmo, en dónde encontraremos la fuente sagrada que nos infunda valor y aliento para sostener las diarias luchas de la República, sino en las contemplaciones de los hombres venturosos que todo lo sacrificaron por hacernos libres y legarnos el suelo bendito en que vivimos para que lo ilustremos con nuestros merecimientos?

Los únicos canales de agua pura y refrescante del patriotismo son la asidua lectura de los historiadores de la guerra magna. La vida de Bolívar vale más para nosotros que la de don Pelayo, y toda ella es una serie de tan dilatados triunfos y reveses que jamás varón alguno en el mundo dio más señaladas muestras de constancia. Los hechos principales de esta vida sublime sirven de aliciente a la imaginación del niño, son materia de admiración para el hombre, y sobre todo forman un elevado y luminoso faro que alumbrará por todos los siglos la marcha de todos los pueblos iberoamericanos hacia la conquista de un ideal nunca alcanzado después del héroe: la grandeza moral del patriotismo. Pero para esculpir en el alma de la juventud la imagen del héroe hay que sentir a Bolívar. Es necesario hablarle «aquel lenguaje halagador de las propias y brillantes proezas, en que aprenden los pueblos en la infancia a venerar el suelo donde nacieron y amar el sol que lo fecunda.»

¿Hay un episodio más bello que aquel de Pativilca, en el Perú, el cual, como el relámpago que en negra noche de tempestad ilumina de súbito las hondas simas del océano, muestra en todo su inmenso esplendor el alma de Bolívar? Jamás se había visto a un guerrero en tan funestas circunstancias. Una sed

ardiente devoraba al Libertador, el país era extraño, aquí y allá cobardes decepciones entre los aliados, muy pocas las fuerzas militares, y el ejército español de Laserna y Canterac que extendiéndose por los flancos de la montaña amenazaba a Lima. Pero el héroe sólo pensaba en triunfar, y triunfó. A poco del sencillo y grandioso episodio con don Joaquín Mosquera las cargas de Junín y Ayacucho anunciaban al orbe entero que se había sellado la independencia americana.

¿Y será por ventura menos digna de alabanza la gloria e ínclita muerte de este joven granadino que en la batalla de San Mateo dio lustre inusitado a nuestras armas y brillo imperecedero al nombre colombiano? La batalla de San Mateo fue la más extraordinaria de la guerra magna por la calidad de los contendientes, Boves y Bolívar; por su larga duración y las insólitas peripecias de una y otra parte; por la rabia con que se peleó; por los guerreros insignes que quedaron sin vida en el funesto campo, como los españoles Villapol y Campo Elías, campeones nuestros, y por la inaudita e inesperada manera con que terminó aquel inmortal hecho de armas.

La vida de Ricaurte fue breve como la de los amados de los dioses. Viósele con frecuencia en el campamento inclinado al peso de una profunda melancolía como los predestinados al sacrificio. Cumplió su deber y desapareció entre las llamas de un incendio. Escuchó con humildad el mandato imperativo de su conciencia y se ofrendó por la Patria.

Tan vivos ejemplos de amor y desprendimiento en aras de la República están desapareciendo del alma de la juventud. ~~La historia de Colombia va quedando olvidada, y los héroes de nuestra grande guerra, como Ricaurte, o son considerados por adustos y huraños profesores como imaginarios, o mirados sin el entusias-~~

mo que inspiran las acciones generosas. Muy pocos maestros hacen resonar su voz en nuestras aulas con los acentos de la convicción patriótica, y con el deber de educar nosotros mismos a nuestros propios hijos hemos renunciado al más imperioso de todos los deberes. La generación presente carece de elevados ideales, Y ante el sórdido interés o las miserables urgencias del momento la juventud está arreando el estandarte luminoso de las excelsas aspiraciones. Es necesario un impulso vigoroso en favor de una verdadera educación patriótica y nacional, o de lo contrario pereceremos. Tal enfriamiento en el culto de las glorias nacionales, tal carencia de espíritu cívico entre nosotros sin duda corresponde a una deformación del carácter en la juventud. «Los educadores, dice Le Bon, son directamente responsables del naufragio de las inteligencias y los caracteres.»

El fenómeno que venimos anotando es de todos conocido, Y con razón decía un diario bogotano de 1918, a raíz de un 20 de Julio triste y melancólico: «Al paso que los Departamentos celebran con alegría sincera y digna pompa el aniversario del día en que empezamos a ser libres, Bogotá tiende a aburrirse en tan sagrada fecha; Y se deja la organización de los festejos para la última hora, cuando ya nada se puede hacer, y falla en el alma de las multitudes el entusiasmo que suple a los programas.»

En el tiempo de la colonia el sentimiento de la religión fue el único que los españoles le inspiraron al alma atnbulada de la raza vencida, y en realidad que este sentimiento, de subido valor, fue un dulce y perenne manantial de consuelos para los indígenas apenas nacidos al cristianismo; durante el período de la guerra magna más bien se impuso sobre todo otro ideal de la patria que era símbolo de libertad y justicia. El culto

de la patria se arraiga, prende y medra a la sombra del culto religioso, y es fuerza que uno y otro se exalten y engrandezcan en el espíritu de las generaciones por venir. Hemos de confesar, sin mengua alguna del partido a que pertenecemos, que en el espacio de tiempo que la federación dirigió la marcha de la república las fiestas patrias se celebraron con entusiasmo que no olvidarán jamás los adolescentes que presenciaron los risueños coros de niños de entonces. Estas fiestas son la enseñanza objetiva para los pueblos, sobre todo para los pueblos jóvenes, como el nuestro, deciden de su carácter, Y no se pueden omitir ni reemplazarlos con obras de higienización ni con el estreno de acueductos ni alcantarillas, como lo publican los profesores de la utilidad y la práctica, que a la verdad sólo son profesores de pesimismo y desaliento.

Estamos por desgracia muy lejos ya de esa época en que el recuerdo de los próceres y mártires de la Independencia estaba iluminando el espíritu de la generación que les sucedió con el prestigio de la gratitud y el reconocimiento y nadie hubiera sido osado a mancillar su nombre ni en el secreto íntimo de las confidencias familiares. En el culto de los eximios varones que ilustraron con la alteza de su carácter las páginas de la historia nacional, hay una especie de egoísmo, así puede decirse, porque en rindiéndole homenaje a ellos parece como que en cierto modo nos lo rindiéramos a nosotros mismos y se lo rindiéramos a nuestros hijos, a nuestros nietos y a todos nuestros descendientes. y aquí es el caso de citar unos hermosos conceptos de don Angel Y don Rufino Cuervo:

•No fue sólo el régimen universitario el que en aquellos tiempos formó tantos ciudadanos eminentes: en los albores de la Patria todo fue escuela, los cam-

pos de batalla con sus héroes de epopeya, los cadalsos con la serenidad y constancia de los que morían por la República, las asambleas con el desinterés y amor del bien común, los hogares mismos con la dignidad de las miserias y las persecuciones. Así nació en la juventud aquella idolatría por la libertad, aquel patriotismo sin límites que no retrocedía ante ningún peligro, y todo lo emprendía desinteresadamente, como pagando una deuda sagrada. Con el mismo ardor se ofrecían a la Patria los que se alistaban en los ejércitos para expeler a los opresores, que los que se consagraban al estudio para ilustrarla con su ciencia» (1).

Pero si el sincero amor de la religión y de la Patria es parte muy importante en la formación de los grandes caracteres, no se puede negar que el esmerado cultivo de las letras y las artes les da suavidad y pulimento. No debe confundirse el natural adusto de ciertos hombres con la grave austeridad de un elevado carácter. La rectitud jamás estuvo reñida con la flexibilidad, y antes bien, es uno de sus mejores ornamentos.

El *homo unius libri* es el tipo de la intransigencia y de los férreos prejuicios. Los límites de su criterio no alcanzan a abrazar a los otros hombres con el lazo cristiano de la benevolencia, que es el lustre de la caridad, ni con el de la tolerancia, que es un producto de humildad y una confesión ingenua de la flaqueza de nuestro entendimiento. Para el ingeniero que sólo conoce y entiende su oficio de nada sirven las dulces fruiciones estéticas, y el médico entregado sólo a los datos positivos de la experiencia no concibe el mundo esplendoroso de las verdades metafísicas. El culto desinteresado y sobrio de las letras, que para nada estorba y en cambio solaza y encanta el espíritu, le da a éste un

(1) *Vida de don Rufino Cuervo y noticias de su época*, por Angel y Rufino José Cuervo.

brillo que es imposible conseguir por ningún otro medio. La Iglesia Católica ha sido siempre la incansable defensora y abogada del discreto cultivo de las letras clásicas en la educación del carácter y ha hecho una labor decidida y constante en pro de la cultura antigua. En la Compañía de Jesús encontró desde el Renacimiento un aliado inteligente y docto, y los colegios de los jesuitas se distinguen en todos los puntos del orbe por la fervorosa acogida que les dispensan a las letras griegas y latinas. Fue un jesuita, el padre Daniel, quien agotó la materia hasta dejar claramente establecido con sagaz erudición y amplísimo criterio, que la doctrina católica en ningún tiempo estuvo reñida con el amor y estudio de las humanidades.

Las letras antiguas tienen el poder extraordinario de mantener el espíritu en las claras regiones de la serenidad. A su blando influjo ciérranse nuestros oídos a las bajas querellas de la vida ordinaria y el corazón se mantiene como en equilibrio ante las vulgares luchas de enconados partidos políticos, hijos de la pasión y las viles ambiciones de un día; y en considerando, a distancia de siglos, los portentosos sucesos en que intervinieron otros hombres, no comparables por su grandeza con los nuestros, nos acostumbramos a mirar con desdén si no con tristeza, a los minúsculos personajes que encarnan los oscuros y tristes movimientos políticos de la hora presente. Mejor que a los falsos oráculos de esta época de miseria moral porque atraviesa el infeliz pueblo colombiano, es oír a los graves oráculos de épocas afortunadas y remotas, ya que sus palabras han sido pesadas y halladas verdaderas y sabias en la balanza de numerosas generaciones de hombres justos.

Y aquí cumple hablar del respeto a la verdad, al deber y a las leyes del honor. ¿No son los hombres que aman la verdad los esclavos del deber y los ungi-

dos por la virtud? El amor a la verdad por sí sólo bata. como artífice en el taller de los más bellos y energícos caracteres. Rendidle tributo a esa deidad, tributo puro y sincero, y ello os bastará para que vuestro corazón se aquiete y vuestra vida se abrillante. Todas las más hermosas virtudes, como el heroísmo, tienen en la virtud su asiento, y la doctora de Avila llegó a considerarla como hermana gemela de la humildad. Los filósofos, que son los sacerdotes de la verdad, están rodeados siempre de una atmósfera indecible de paz y prestigio, y ante ellos con respeto inclinamos nuestra frente. Nuestros antepasados fueron esclavos de la verdad, si hubiera esclavitud el ese religioso vasallaje, y por eso triunfaron del olvido y de la muerte. Los simples labriegos nuestros, amaestrados sólo por el cura de la aldea, suelen en ocasiones ser un modelo de amor y respeto a la verdad, y son los escándalos de los llamados a darles ejemplo los que echan a perder esas apacibles naturalezas llenas de fe y sujetas a sus sencillos deberes.

El culto de la verdad ya es raro en Colombia, y la serena estatua de la diosa yace despedazada entre ídolos de arcilla. Falta verdad en las creencias, falta verdad en los asuntos políticos, *falta* verdad en las relaciones sociales. Durante mucho tiempo un vil fariseísmo lo ha invadido todo: el tribunal de la magistratura, *ia* curul del representante del pueblo, la cátedra del profesor. Hay mucha devoción, pero la piedad sincera no habita ya en el fondo de todos los corazones. La merecida influencia de que goza el clero regular y secular hace que las gentes logreras alcen. ante uno y otro el estandarte de una falsa religiosidad y de un mentido empeño por las cosas del culto para medrar de una manera simoníaca Y elevarse por encima de las personas honorables, buenas Y temerosas de Dios y su justicia.

¿Y qué os parece aquel imperativo categórico de la conciencia que se llama el cumplimiento del deber? Sus mandamientos son rígidos como una lámina de acero y sus decisiones inapelables. Puede llegarse hasta capitular por la verdad, y al efecto se admiten transacciones en filosofía; puede uno ceder algo de su derecho; empero, no se capitula con el deber, ni los deberes se renuncian, como dijo en solemne ocasión un gran ciudadano de nuestra Patria. La infracción de las leyes morales, trae siempre consigo, sin que lo queramos, un pesar del alma más o menos grande; pero el castigo de las faltas al cumplimiento del deber es el negro remordimiento. Hay en la vieja obligaciones a que el hombre se somete con más o menos enojo, con más o menos desabrimiento del ánimo: el cumplimiento de casi todo deber implica el imperio de la voluntad sobre nuestros bajos apetitos o el sacrificio de nuestro bien en aras de más altos intereses. Hé aquí una bella muestra de la parte divina de nuestra razón, ante el instinto de los animales: éstos no se violentan, antes se complacen obedeciendo la ley de su naturaleza; el hombre, por el contrario, antepone el cumplimiento del deber a las más dulces seducciones de la vida y es esto lo que constituye la medula de león de los más dulces caracteres. ¡Cuán a menudo hablamos todos del deber y cuán poco lo comprendemos!

El honor es otro concepto simbólico de que muy poco nos damos cuenta. Las leyes del honor suponen un código, y tal código nadie lo conoce. Esas leyes se sienten, no se explican. ¿Pero será acaso el honor el lustre de nuestros deberes cumplidos con orgullo y soportados con entereza de ánimo? Dejemos a los filósofos que analaren este concepto sutil. El honor implica algo como el respeto de nosotros mismos, de los merecimientos que el sacrificio propio nos haya conquis.-

tado, de las honrosas tradiciones de la familia, prendas intocables y sagradas, de los puestos que para que sirvamos de ejemplo nos ha señalado la República, de las glorias imperecederas de la Patria. La violación de las leyes del honor acarrearán como consecuencia el desprecio de la familia y de la sociedad en que vivimos, y si los atentados contra el deber nos producen invencible remordimiento, las culpas contra el código del honor se traducen en el desprecio de nosotros mismos.

LUIS MARIA MORA.

A UN SABIO SACERDOTE

Para El Hogar

En actitud melancólica
nunca en actitud enfática,
se antoja el sabio simpática
escultura de mayólica.

Con acento de arpa eólica
emerge su dulce plática,
y a guisa de abeja errática
pica y deja miel católica.

Anciano augusto y mirífico,
la ciencia en Dios es el báculo
en que se apoya magnífico;

y, albo lirio de invernáculo,
alegra el hogar pacífico
y perfuma el tabernáculo.

JUAN B. DELGADO

Ministro de México en Colombia.

Bogotá, 1921.

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico